

JUAN RODRÍGUEZ FONSECA, ILUSTRE TORESANO

José de Castro Lorenzo

Otro toresano de semejante trayectoria de fidelidad a la Monarquía Hispánica a la de Fr. Diego de Deza, fue D. Juan Rodríguez Fonseca, también descendiente como el de Deza de aquellas familias que después de la derrota hispana de Aljubarrota se exilaron en Castilla junto a la reina Beatriz. Es sabido como esas familias de emigrados portugueses en Toro, apoyándose en sus programados matrimonios, a menudo endogámicos dos o tres generaciones más tarde ocupaban los puestos claves de la oligarquía zamorana. Y la familia Fonseca no fue una excepción en este ascenso.

D. Juan fue el 4º hijo de D. Fernando de Fonseca y su segunda esposa Dª Teresa de Ayala. Coetáneo de D. Diego y coincidente como él en sus estudios en Salamanca con Antonio de Nebrija del que fue años después aventajado alumno del gramático en su larga estancia en Sevilla. Allí, bajo la protección de su tío Alfonso, arzobispo de Sevilla, había sido llamado Nebrija como preceptor de D. Juan. Con él amplió sus estudios de artes, astrología y cosmografía, y de entonces debió surgir su interés por los conocimientos del mar y la geografía, que tan útiles le fueron en sus trabajos relativos a los viajes a las Indias. Precisamente su interés por la ciencia le llevó a acoger en su casa de Sevilla a Cristóbal Colón a su regreso del primer viaje de descubrimiento, para cotejar los mapas que Colón le enseñó.

Por aquellos años (1470-73) de estancia en Sevilla, protegido por su tío Alfonso, pudo continuar sus estudios con Antonio de Nebrija, con el que siempre mantuvo una profunda amistad. Su sólida preparación fue decisiva para sus futuras funciones en relación con los asuntos de América.

En 1471 se presentó a la oposición de la Cátedra de Retórica de Salamanca, junto a su preceptor Nebrija, el licenciado Diego de Torres y D. Diego Ramírez de Villaescusa (otro personaje descollante en la política de esos años y también futuro Obispo), que fue quien obtuvo la cátedra.

De allí debió partir la decisión de la carrera política de D. Juan. Lo cierto es que desde entonces hasta 1484 en que es nombrado Obispo de Badajoz, apenas se conoce su actividad. Desde luego sabemos que fue Deán de Sevilla puesto que en los documentos de los Reyes Católicos referidos a los viajes, no se le daba otro título que Deán o arcediano de Sevilla.

Su perfil tanto físico como de carácter, era similar al de su tío Alfonso de quién recibió su primera educación. Conocido por sus gestos y actitud, Fray Antonio de Guevara de su misma época, en sus Epístolas Familiares lo tildó de “macizo cristiano y desabrido Obispo” y en general era considerado justo e imparcial en sus sentencias, piadoso y limosnero, pero de áspero carácter. El padre Bartolomé de las Casas (defensor de los indios) con el que siempre tuvo una tensa relación, lo consideraba “muy capaz para mundanos negocios”.

Aunque antes de 1484 en que fue nombrado Obispo de Badajoz, incluso antes de ser ordenado, figuraba como Capellán Real, su traslado a Granada a requerimiento de Hernando de Talavera y su estrecha relación docente con el Colegio de San Cecilio, hacia prever su inclinación a la carrera diplomática. Pero realmente ésta comenzó cuando por indicación de los RR.CC. y acompañando al embajador D. Francisco de Rojas, se trasladó a Flandes para ultimar las negociaciones matrimoniales iniciadas unos años antes (1488) para el doble matrimonio de los hijos del Emperador Maximiliano (Felipe y Margarita) con los de los RR.CC. (Juana y Juan

respectivamente). Su vinculación y fidelidad a la Monarquía Hispánica hasta el final de su vida fue absoluta.

Al regreso de Colón de su primer viaje de descubrimiento y ante los numerosos problemas que planteaba la organización, evangelización y trato con los nativos de las nuevas tierras, los RR.CC- encomendaron a D. Juan R. Fonseca, la puesta en marcha de una política descubridora en América, basada en un conocimiento profundo no solo cronológico sino geográfico de los límites de las nuevas tierras descubiertas y de cuya misión debía ser responsable. Las “capitulaciones de Santa Fe” y sus concesiones de “señorío” a Cristóbal Colón sobre las tierras descubiertas y sus habitantes, debían revisarse a la vista de llamativos desafueros que intranquilizaban especialmente a la Reina. D. Juan debía limar asperezas y en adelante, además de confirmar los descubrimientos ir proyectando una organización que evitara el vasallaje o esclavismo de los nativos, por lo que tanto peleó Fr. Bartolomé de las Casas.

La función política de D. Juan desde 1493 a 1506 se centró en el proyecto, organización y dotación de todos los viajes a América, a la vez que recogía las anotaciones de los mapas trazados por los marineros para tratar de mantener los límites de las áreas por descubrir en competencia con la vecina Portugal y que en definitiva condujo al Tratado de Tordesillas bosquejado por el Papa Alejandro VI (Borgia), cuando todavía era delegado papal en Castilla.

La complejidad de su cometido en todas las facetas, le condujo con los años a la creación de la Casa de Contratación de las Indias (1504) de cuyo Consejo fue presidente y en la que se aglutinaban todas las funciones relativas a los viajes. En él recae la responsabilidad del relevo de Colon como descubridor exclusivo al finalizar su viaje de 1498 y el cambio de la política de los descubrimientos, cediendo el monopolio de Colón a otras expediciones (Ojeda, Pinzón), en las que se diseñan nuevas cartografías de la región partiendo de los mapas de Juan de la Cosa.

Su exhaustiva dedicación a la Casa de Contratación de Sevilla, se vio interrumpida por la muerte de D^a Isabel y la sucesión en el reino por su hija Juana y su esposo Felipe como consorte. La finalidad de los viajes a las Indias, desde entonces sería orientada desde Flandes, con lo que la actividad de los Consejeros más importantes de la Monarquía Hispánica (Cisneros, Deza y Fonseca) pasaba a segundo plano, de modo que apenas hubo actividad en la política peninsular que no fuera dirigida desde Bruselas, con la figura representativa en Castilla del Cardenal Adriano de Utrecht, futuro Papa.

La figura de D. Juan se eclipsó momentáneamente durante el breve reinado de Felipe I. Con la llegada de su sucesor e hijo, Carlos I, D. Juan (entonces Obispo de Palencia) fue requerido para preparar la escuadra que llevaría al Rey a ser coronado Emperador en Alemania. Su fidelidad al Rey seguía inalterable y lo fue durante la consecutiva guerra de las Comunidades, por cuya actitud como miembro del Consejo del Reino, fue perseguido.

Su actividad al frente del Consejo de Indias volvió a ser efectiva después de 1518 y hasta 1522 en que fue cesado por el Cardenal Adriano en plena batalla documental y administrativa de la toma de Méjico por Hernán Cortés, a cuyo título de Gobernador de la Nueva España se opuso tenazmente D. Juan R. Fonseca (1523).

Para entonces, terminada la Guerra de las Comunidades, en la que había sido perseguido por los comuneros por su imaginada participación en el incendio de Medina del Campo y sobre todo por ser hermano de Antonio R. Fonseca, causante de aquel incendio como mando supremo de las tropas



Imperiales, pasó recluido en Toro y en su diócesis de Burgos, el escaso año que le quedaba de vida. En Burgos murió en 1524, después de participar como miembro del Consejo del Reino y por indicación del Rey en la aplicación de sentencias a los Comuneros que no habían sido perdonados por el Rey. También participó en uno de los procesos a que fue sometido en el Castillo de Simancas D. Antonio de Acuña, el obispo comunero.

Su estela histórica no puede eclipsarse, no solo por la dirección de los asuntos de América en aquellos decisivos años, sino por otras sus múltiples actividades diplomáticas y religiosas que han sido hitos históricos en la evolución nacional. Toro le debe el mantenimiento de su recuerdo. Así lo atestigua Adelaida Sagarra Gamazo en su magnífica obra *D. Juan Rodríguez Fonseca, un toresano en dos mundos*, publicado en 2007.

Tabla central del retablo de Nuestra Señora de la Compasión del trascoro de la Catedral de Palencia atribuido a Jan Joest van Calcar con el obispo Juan Rodríguez de Fonseca como donante, 1505.